

Hecho esto, pasó el clérigo Guevara con sus cuatro compañeros a notificar a Sandoval en la Villa Rica que se pusiera a las órdenes de Pánfilo Narvaez como teniente de Diego Velázquez; pero habiéndose rehusado aquél a obedecer tal mandamiento, no obstante haberle mostrado el escribano los títulos de Narvaez, parece que el clérigo Guevara se dejó llevar de su exaltación hasta el extremo de decir que Cortés y todos los que le obedecían eran unos traidores rebeldes a su soberano, en vista de lo cual, Gonzalo de Sandoval, que era uno de esos hombres de pocas palabras a quienes no puede insultarse impunemente, los mandó prender en el acto, y atándolos luego a la espalda de unos indios, los remitió con algunos soldados a México, con la orden de que caminasen día y noche hasta encontrar a Cortés, a quien envió al mismo tiempo una relación de todo lo ocurrido desde el arribo de Narvaez hasta entonces.

Para proceder Sandoval con tal firmeza y resolución, había tomado previamente todas las precauciones necesarias para la defensa del punto que le estaba encomendado, haciendo en su ligera fortificación las mejoras y reparaciones que juzgó convenientes, y restableciendo la más rigurosa disciplina entre sus soldados, con cuyo objeto mandó colocar una horca en un lugar público, amenazando dar allí la muerte a cualquiera que manifestase el menor temor o indecisión en el caso de un ataque. Estas precauciones fueron sin embargo inútiles, porque Narvaez, en vez de proceder a apoderarse de la Villa Rica, cosa que no le habría sido muy difícil, se dirigió a Cempoala, donde determinó permanecer con todas sus tropas mientras arreglaba el modo de ir en busca de Cortés.

Entretanto, recibió éste en México la noticia del desembarco de aquellas tropas, primero por el mismo Emperador Moteczuma, a quien la comunicaron sin demora los indios que tenía en la costa, y luego por la carta que le envió de Veracruz Escalante en unión del clérigo Guevara y los otros cuatro prisioneros, los cuales le informaron detenidamente acerca de la fuer-

za que Narvaez traía a sus órdenes, y de las instrucciones que había recibido de Velázquez. La impresión que con estas noticias debió recibir Cortés, es bien fácil de adivinar, si se atiende a la crítica situación que guardaba en aquellos momentos. Reducida ya entónces toda su fuerza a menos de quinientos hombres, de los cuales cincuenta o sesenta estaban de guarnición en Veracruz, y ciento cincuenta habían marchado poco antes con Velázquez de León a fundar una colonia en la costa de Coatzacoalco, encontrábase Cortés en medio de la populosa ciudad de México con poco más de doscientos hombres, teniendo que custodiar al monarca indio, a quien conservaba preso, y temiendo a cada paso una sublevación del pueblo que lo pusiese en gran conflicto. En tales circunstancias, ya bastante difíciles para Cortés, aun sin tener otros enemigos que los indios, preciso es convenir en que la presencia de un ejército de compatriotas con el objeto de hostilizarlo en el mismo país donde su situación era todavía tan precaria, complicaba aquélla de una manera horrible, supuesto que si abandonaba completamente la capital para ir al encuentro de aquel nuevo ejército, ésto equivalía a renunciar a todas las grandes ventajas ya adquiridas con su ocupación, y que si aguardaba en ella un ataque, se exponía a las funestas consecuencias que indudablemente podría ocasionar una lucha sangrienta entre las tropas españolas en medio de sus comunes enemigos. Por otra parte, el número de las fuerzas enviadas en su contra por Diego Velázquez era tan superior al de las suyas, que aventurar todo el éxito de sus afanes a la suerte de las armas, era lo mismo que resignarse a sufrir una derrota evidente.

Estas graves dificultades lejos de abatir el ánimo esforzado de Cortés, le comunicaron por el contrario mayor ardimiento y actividad, haciéndole concebir desde luego el proyecto no ya sólo de defenderse de sus enemigos, sino de convertir en un poderoso auxiliar de su empresa aquel mismo ejército encargado de destruirla. Para la realización de este pensamiento, si bien era

indispensable tomar todas las precauciones convenientes para resistir con las armas un ataque en el último evento, debía Cortés procurar previamente detener a Narvaez en la costa el tiempo necesario para seducir una parte de sus tropas por medio de la persuasión y de la prodigalidad en los obsequios, y este fué precisamente el plan que adoptó.

Comenzando su proyecto de seducción por el clérigo Guevara y los cuatro prisioneros que le envió de Veracruz Sandoval, después de ponerlos en completa libertad y manifestarles cuanto desaprobaba la conducta de aquél hacia ellos, los trató con el mayor aprecio y consideración, regalándoles algunas piezas de oro, y tan luego como creyó haber asegurado de esta manera su amistad, dispuso que regresaran al campamento de Narvaez, no dudando que con sólo referir a sus compañeros el modo con que por él habían sido tratados, serían los más elocuentes defensores de su causa. Además, con el objeto de entretener a Narvaez por algún tiempo en Cempoala, le dirigió con Guevara una carta muy atenta, en la que le suplicaba encarecidamente que no diese a conocer a los indios la menor idea de desunión entre los españoles, porque ésto podría ser funesto para todos ellos, poniendo en peligro las grandes ventajas que ya había alcanzado, y concluía protestándole que si traía algunas órdenes de su soberano estaba pronto a obedecerlas, pues su fin no era otro que el de servir fielmente a su patria y a su rey.

Pocos días después de la partida de aquellos prisioneros, dispuso Cortés enviar al padre Olmedo con nuevas cartas para Narvaez en los mismos términos que la anterior, y además le dió otras para que las entregase secretamente a algunas personas principales de su ejército, particularmente para Andrés del Duero, el antiguo secretario de Diego Velázquez, que, como hemos visto ya en el primer capítulo de esta obra, le prestó tan buenos servicios en Cuba para que éste le diese el mando de la armada, y que supo por el clérigo Guevara que venía en aquella nueva expedición. Estas cartas fueron acompañadas de gran-

des ofertas y de algunos tejos de oro, no dudando Cortés que este precioso metal, unido al carácter y buen juicio del padre Olmedo, producirían el buen efecto que él deseaba, lo cual se consiguió con tanta más facilidad cuanto que Narvaez, por sus maneras arrogantes y altaneras, lejos de contar con la estimación de sus soldados, estaba mal querido de la mayor parte de ellos.

Después de haber promovido ya por estos manejos la división entre sus mismos enemigos, determinó Cortés marchar a su encuentro con todas las tropas de que podía disponer, para concluir sin más demora por medio de un golpe decisivo el estado de incertidumbre en que había venido a colocarlo la presencia de aquel ejército. Con este objeto, dió inmediatamente sus órdenes a Velázquez de León para que se le reuniese en su tránsito hacia Cempoala con los ciento cincuenta hombres que había llevado para reconocer el río de Coatzacoalco, y a Gonzalo de Sandoval para que, abandonando la Villa Rica, se dirigiese a su encuentro con toda su guarnición y algunos desertores que se le habían pasado del ejército de Narvaez, procurando evitar en su marcha el avistarse con las tropas de éste. Además, creyendo Cortés que podría tener necesidad de emplear algunos de los indios aliados suyos contra sus compatriotas, mandó construir en la provincia de Chinantla, situada al O. E. de Cholula, tres mil lanzas largas con sus cabos de cobre, para que en caso necesario pudiesen aquéllos luchar con menos desventaja contra las armas de los españoles.

Una vez tomadas estas disposiciones, y dejando transcurrir solamente el tiempo muy preciso para que ellas fuesen ejecutadas, emprendió Cortés su marcha hacia Cempoala a mediados de mayo al frente de setenta hombres escogidos, dejando en México ciento cincuenta a las órdenes de Pedro de Alvarado, y pocos días después llegó a un punto situado a quince leguas de Cempoala con una fuerza total de doscientos noventa hombres, habiéndosele reunido en el camino Velázquez de León con sus

ciento cincuenta soldados y Sandoval con setenta que sacó de Veracruz. En su tránsito, al pasar por Tlaxcala, se había reunido también a Cortés el padre Olmedo que regresaba de la visita que le mandó hacer al campamento de Narvaez; y habiendo sabido por él el descontento y desunión que ya reinaba en el ejército de aquél, se propuso fomentarlo, conservándose con sus tropas a una prudente distancia, y sin comprometer acción alguna hasta no estar seguro de alcanzar una victoria.

Con este objeto, se mantuvo en el punto indicado, donde recibió luego una embajada compuesta del padre Guevara, de Andrés del Duero y otros dos o tres individuos, quienes conducían una carta de Narvaez parecida a otra que antes le había enviado con el padre Olmedo, en la cual le exigía que reconociese la autoridad que como delegado de Diego Velázquez tenía sobre estos países, y le ofrecía amistosamente sus navíos para que él y todos los que lo seguían se trasladasen con sus riquezas adonde les pareciese, seguros de que no se haría sobre ellos averiguación alguna, ni se les inferiría la menor molestia. Cortés, sin hacer mucho aprecio de esta carta, procuró por todos los medios que estaban en su mano ganar la amistad de aquellos enviados para que favoreciesen sus planes, y muy particularmente la de Andrés del Duero, con quien logró renovar sus antiguas relaciones de interés, haciéndole grandes dádivas y mayores ofrecimientos. Por Duero supo Cortés muchos pormenores que no había podido darle el padre Olmedo acerca del descontento y desunión que existía en el ejército de Narvaez, así como de la buena disposición en que una gran parte de los soldados estaba para no batirse con sus mismos compatriotas, siempre que se les asegurasen de alguna manera las comodidades y riquezas que eran todo el objeto que los traía a estos países. En vista de ésto, dió Cortés al padre Guevara y a Duero las instrucciones convenientes y algunos tejos de oro para que inclinases a su favor el ánimo de la tropa que estuviese aún indecisa, haciendo que sin demora regresasen al campo de Narvaez, pa-

ra quien les dió una carta concebida en términos muy arrogantes; y así que juzgó ya seguro el golpe, se dirigió con toda su gente a Cempoala, donde se introdujo la noche del 26 de mayo, y en pocas horas se vió dueño de la persona de Narvaez y de su ejército, después de una corta resistencia, en la que perecieron dieciséis o dieciocho hombres por ambas partes.

De esta manera logró Cortés burlar por segunda vez las esperanzas de Diego Velázquez respecto de las riquezas que se había propuesto sacar de estos países, haciendo que el mismo ejército que éste envió para destruir sus planes, se convirtiese en un recurso poderoso, sin el cual, después de la sublevación que por entonces provocó en el pueblo de la capital la conducta bárbara e impolítica de Pedro de Alvarado, no le habría sido acaso posible llevar a cabo la conquista de México.

Por medio de un negro enfermo de viruelas que se hallaba en aquella expedición de Narvaez, se introdujo por primera vez en México esa plaga desoladora que fué uno de los más crueles azotes de la humanidad, hasta que el feliz descubrimiento de Jener vino a mitigar sus horribles efectos, y que causó entonces grandes estragos entre los indígenas de este suelo, por serles absolutamente desconocido el modo de curarala.

Para asegurar Cortés todas las ventajas que le daba su triunfo sobre Narvaez, e impedir que alguna parte de las tropas vencidas pudiese regresar a Cuba, mandó inmediatamente a un tal Francisco de Lugo al puerto de San Juan de Ulúa para que se apoderase de todas las naves en que aquél había venido, extrajese de ellas el velamen y los instrumentos indispensables para navegar, e hiciese que todos los pilotos pasaran a recibir sus órdenes a Cempoala. Pocos días después dió la superintendencia de esta armada a un piloto llamado Pedro Caballero, a quien encargó muy particularmente que si se presentaban en el puerto algunos otros buques, como era probable que viniéran de Cuba, los desmantelara y mandara a tierra inmediatamente a sus tripulaciones.

En seguida ,aumentadas tan considerablemente las tropas de que podía disponer Cortés, y no creyendo conveniente dirigirse con todas ellas a México, se proponía enviar doseientos hombres con Diego de Ordaz a fundar una colonia que tenía proyectado establecer en Coatzacoalcos, y un número igual con Juan Velázquez de León hacia el Pánuco; pero tales proyectos no pudieron por entonces llevarse a cabo, por haber recibido Cortés en aquellos mismos días una carta que Pedro de Alvarado le envió de México anunciándole que la población se había sublevado contra los españoles, de tal manera que él y sus tropas se encontraban cercados en sus cuarteles, habiendo incendiado los indios los bergantines que se habían construido con el objeto de hacer una retirada sin tener que pasar por los puentes de las calzadas, y le suplicaba que si quería salvarlos a ellos y conservar la capital, acudiese sin demora a auxiliarlo con toda su gente.

Luego que recibió Cortés tan funestas nuevas, dispuso que quedasen en Veracruz cien hombres a las órdenes de un tal Rodrigo Rangel, que sucedió a Gonzalo de Sandoval en el mando de aquella villa, y se puso en marcha sin pérdida de momento hacia México con todas sus tropas, dejando allí prisionero a Pánfilo Narvaez y a uno de sus principales capitanes, llamado Salvatierra, los cuales se conservaron arrestados en dicho puerto hasta después de la toma de México en agosto de 1521.

Dada ya en la parte que hemos visto de este capítulo una ligera reseña de los primeros sucesos que con relación a la conquista de México ocurrieron en las playas de Veracruz y sus inmediaciones, desde el desembarco de D. Fernando Cortés hasta la victoria que éste alcanzó sobre el ejército de Narvaez, pasaré ahora a referir por su orden los hechos más notables que tuvieron lugar allí después de aquellos acontecimientos, y que forman el complemento de la crónica de aquella población durante la época que en él me propuse recorrer.

En el resto del año 1520, se presentaron sucesivamente en Veracruz cinco buques, dos de ellos enviados de Cuba por Diego Velázquez en auxilio de Narvaez y tres de los que Francisco de Garay había mandado a poblar las costas del Pánuco, los cuales fueron desmantelados por Caballero, según las instrucciones que dejó Cortés, a quien remitió los ciento setenta a ciento ochenta hombres que ellas conducían.

Antes de recibir Cortés este inesperado refuerzo, y con el objeto de reponer las grandes pérdidas que había sufrido su ejército en las sangrientas batallas que sostuvo contra los indios en su retirada de México y en valle de Otumba, escribió a Rangel a la Villa Rica para que le enviase los soldados y armas que no le fuesen absolutamente necesarios para la defensa de aquel punto, en virtud de cuya orden le mandó algunos soldados y marineros, entre los cuales se encontraba uno de apellido Lencero o Encero, que más tarde fué dueño de la venta que hasta hoy se conserva con su mismo nombre en el camino de Veracruz a Jalapa, distante unas tres leguas de esta última ciudad.

Por este tiempo se embarcaron en Veracruz con dirección a Cuba, Andrés del Duero y otros oficiales y soldados del ejército de Narvaez, a quienes Cortés no pudo rehusar el permiso de que regresasen a aquella isla, por habérselos ofrecido anteriormente.

A principios del año 1521, no habiendo todavía recibido Cortés contestación alguna a las cartas y regalos que envió a S. M. en agosto de 1519 con Montejo y Puerto—Carrero, determinó enviar a España una nueva embajada compuesta de Alonzo de Mendoza y Diego de Ordaz, los cuales se embarcaron en Veracruz en uno de los mejores bajeles de la escuadra de Narvaez. En este viaje fué agraciado Ordaz por el emperador Carlos V con el título de comendador de la orden de Santiago, concediéndole además el permiso de colocar en su escudo de armas un

volcán, en premio de haber sido el primero que subió a reconocer el de Popocatépetl.

Por aquellos días salieron también de Veracruz otras dos embajadas de Cortés, una compuesta de Alonzo de Avila y Francisco Alvarez con dirección a la isla de Santo Domingo, con el objeto de obtener, como en efecto obtuvo, de la audiencia y de los frailes Jerónimos que residían allí, la aprobación de todo lo que hasta entonces había hecho en estos países, así como la facultad de continuar su conquista en nombre de su soberano, pudiendo herrar a los esclavos y repartir las tieras e indios lo mismo que se hacía en las islas Española, Jamaica y Cuba, mientras que aquél no dispusiese lo contrario, y otra con dirección a Jamaica para comprar allí algunos caballos que Cortés juzgó conveniente agregar a los pocos que tenía para la toma de México, por el terror que estos animales causaban a los indios.

Poco después se presentó en Veracruz el capitán Santa-Cruz Burgales, enviado por Cortés con algunos soldados para conducir el velámen, cordaje, clavos y demás útiles que existían en los buques echados a pique, con el objeto de emplearlos en la construcción de los bergantines que mandó hacer para poder proceder al ataque de la ciudad de México sin limitarse únicamente a pasar por las calzadas que dividían los lagos que la circundaban.

Durante los primeros seis o siete meses del año 1521 llegaron al puerto de Veracruz cuatro buques, conduciendo víveres, armamentos y alguna gente que fué de grande auxilio para Cortés en aquellos días. En el primero de estos buques, procedente de España y las islas Canarias, venían como dueños Juan de Burgos y Francisco Medel con trece hombres, los cuales se unieron inmediatamente a Cortés, por haberles comprado éste los caballos, armas, pólvora y víveres de que se componía su cargamento. En el segundo, que venía directamente de España, y de cuyo cargamento y tripulación se hizo Cortés del

mismo modo que del anterior, se hallaba Julián de Alderete, tesorero nombrado por el rey, y un fraile franciscano llamado Pedro Melgarejo de Urrea, quien en unión de un tal Jerónimo López, trajo una cantidad de bulas para venderlas en el ejército, lo cual parece que consiguió en poco tiempo y con grande lucro, pues Bernal Díaz del Castillo asegura "que en pocos meses el fraile se fué rico y compuesto a Castilla." El tercero, conducía alguna gente de la malograda expedición que dirigió Ponce de León sobre la Florida; y el cuarto era procedente de la isla de Cuba, con un pequeño cargamento que se componía en parte de vino de España y algunos cerdos que sirvieron para el banquete que Cortés dió a sus capitanes y soldados en Coyoacán en celebridad de la toma de México.

Una vez terminada ésta, y asegurada ya de una manera satisfactoria la posesión de la capital sin temor de nuevas sublevaciones por parte de los naturales, Cortés, no sólo con el objeto de extender su dominación en el país, sino con el de evitar las desagradables consecuencias que podría ocasionar el descontento que se manifestaba entre sus mismas tropas a consecuencia de no haber quedado satisfechas con la repartición que se hizo de los tesoros ganados en México, si permanecían reunidas y entregadas a la ociosidad, determinó alejar una parte de ellas, mandando a diversos rumbos algunas expediciones, entre las cuales fué una la que confió a Gonzalo de Sandoval con la orden de establecer en Tuxtepeque la villa de Medellín, una de las cuatro primeras poblaciones fundadas por los españoles en este suelo, y que trasladada mas tarde al lugar que ocupa actualmente a cinco o seis leguas de Veracruz, en la margen de uno de los ríos que desembocan en el punto conocido hoy con el nombre de **Boca del Río**, al que los españoles llamaron **Río de Banderas**, conserva hasta el día el mismo nombre que le dió el conquistador en memoria del pueblo de su nacimiento.

Mientras que Cortés se ocupaba así en asegurar para la corona de España el dominio y posesión de estos países que for-